

***Apuleyo. Apología o discurso sobre la magia en defensa propia.* Introd., trad. y notas de Roberto Heredia Correa. México: UNAM-Coord. de Humanidades, 2003, cxlii, 127 p. (*Bibliotheca Scriptorvm Graecorum et Romanorum Mexicana*). ISBN 970-32-0256-X**

En el siglo II d. C. África toma el lugar que España había dejado y se convierte en el bastión de la literatura latina. A partir de ese momento gran parte de la producción literaria en latín se genera en las provincias suroccidentales del Imperio romano, entre las que se cuentan Mauritania Tingitana y Caesarensis, Numidia y África, término este último que sólo designaba una parte de lo que hoy constituyen los territorios de Túnez y Argelia. Tal preponderancia se mantendrá más o menos de la misma forma hasta el fin de la Antigüedad. Al mismo tiempo y como parte del mismo proceso, la retórica, que en sus inicios en la Atenas del siglo V fungió como auxiliar de la política, y más exactamente como herramienta en la correcta elaboración y

pronunciación de discursos dentro de los tribunales y ante amplios auditorios, se erige hacia el siglo II d. C. como la disciplina por antonomasia, culminación en la formación de todo hombre educado.

En el terreno de la literatura, la retórica invade por completo el conjunto de los géneros, desde la épica hasta el tratado filosófico. Semejante influencia se puede apreciar, por ejemplo, en el uso desmedido de figuras retóricas, en la elaboración de frases rítmicas dentro del periodo de una oración y, sobre todo, en el sometimiento a los patrones lingüísticos establecidos por la literatura arcaica del siglo II a. C. —principalmente por los comediógrafos Plauto y Terencio— que, dicho sea de paso, impregnó, bajo

el pretexto de lo arcaico, de elementos vulgares la lengua literaria de la época que nos ocupa.

Dentro de este contexto surge Apuleyo de Madaura quien, junto a Tertuliano y san Agustín, se sitúa como la figura más sobresaliente del auge africano. Ante todo, Apuleyo nos es conocido por su novela *Las Metamorfosis*, también llamada *El asno de oro*, que tanto ha deleitado a los hombres de todas las épocas, y particularmente por la narración de "Amor y Psique", que ha inspirado a innumerables creadores en las distintas ramas del arte. Pero Apuleyo fue un autor polifacético. Su obra conservada da cuenta de ello.

Primero tenemos sus tratados filosóficos,¹ textos que ganaron considerable autoridad en el terreno de las cuestiones especulativas tanto en la Antigüedad tardía como en la Edad Media. Además de novelista y filósofo popular místico, Apuleyo fue reconocido ya en su propia época como renombrado conferenciante y orador, fama de que dan testimonio las ingeniosas piezas recogidas en las *Flórida*.

Por su parte, la *Apología* es de una naturaleza muy distinta. Se trata de un discurso judicial; el único que se ha conservado proveniente de la época imperial. Es la defensa del propio autor ante la acusación de haber empleado hechizos mágicos para seducir a su esposa, con el supuesto propósito de obtener la cuantiosa fortuna que ella poseía como dote. Al parecer estamos

ante un discurso pronunciado en la realidad, pero que muy probablemente sufrió modificaciones antes de su publicación. Quizá sea por el aire judicial que se respira en esta obra, alejada de las fantasías y el misticismo africano que caracteriza al resto del *corpus*, que la *Apología* —como lo hace entrever el traductor en su advertencia— haya sido estudiada predominantemente como fuente para el conocimiento de la vida del autor, de las condiciones económicas y sociales vigentes en la provincia africana del siglo II, así como de una posible historia de la magia en la Antigüedad, y no como un documento específicamente literario.

La obra que presentamos, la más reciente en la prolífica trayectoria de Roberto Heredia Correa como traductor, viene a compensar con plena justicia el interés creciente en los medios académicos no sólo por la *Apología* sino también por el conjunto de la literatura latina tardía. El principal objetivo que se persigue con esta edición (estudio introductorio y traducción) es, además de poner a disposición de los lectores mexicanos una obra hasta ahora casi totalmente desconocida, subrayar su enorme valor literario.

La introducción está organizada en cuatro apartados: 1) Semblanza biográfica; 2) La acusación de magia; 3) Estructura del discurso y 4) Algunas estrategias de argumentación.

En el primero se da cuenta sucintamente de los sucesos conocidos

en la vida de Apuleyo. De esta manera el lector se informa sobre los problemas que existen en torno a la identificación del verdadero nombre de nuestro autor o las fechas en las que probablemente pudo haber nacido, así como sobre su formación filosófica y jurídica, y sus estupendas aptitudes como escritor. En esta misma sección el traductor ofrece una lista de las obras del filósofo de Madaura, las que se conservan, las que se han perdido o bien las que han sido añadidas al *corpus* sin que hayan sido aceptadas por completo.

En el segundo apartado se mencionan los antecedentes de la acusación de la que Apuleyo es objeto. Allí se nos cuentan las circunstancias que obligaron al filósofo a detenerse en Oea,² la manera en que se encontró con un antiguo condiscípulo —aquel que habría de presentarlo con su madre, la futura esposa—, el feliz matrimonio de ambos, las envidias concebidas por parte del consuegro de ella y por último la acusación contra Apuleyo, que consistía en la afirmación de que el filósofo había seducido a su mujer por medio de artes mágicas. Heredia concluye esta sección: “No conocemos el discurso real que pronunció Apuleyo; pero el texto que se nos ha transmitido nos deja la impresión de que la trama de sus acusadores fue aplastada como un mazo aplasta una nuez”.³

A continuación, en la tercera parte, se ofrece un esquema que permite apreciar con toda claridad la estructura

del discurso pronunciado por Apuleyo. En los primeros capítulos de la obra (1-25), el orador se da a la tarea de refutar las acusaciones que sobre todo atacaban su condición de filósofo, poeta y hombre bien parecido. A continuación (26-65) Apuleyo contradice la acusación principal de haber empleado la magia con fines perversos. Como se ha dicho, la respuesta del filósofo de Madaura fue contundente, tanto que aún hacia el final del discurso tiene ánimo para “afianzar su calidad de hombre de bien y de filósofo austero, y abonar su habilidad de abogado y sus virtudes de orador”;⁴ así también, “no podía no aprovechar una ocasión tan favorable para acumular nuevas burlas y humillaciones sobre sus acusadores”.⁵

No es impreciso afirmar que este apartado se apega enteramente al principio que ha caracterizado a Heredia Correa en todos sus trabajos, y que ha logrado implantar en todos aquellos que han tenido la suerte de tenerlo como maestro; a saber, el de la concisión y la exactitud en el comentario de las obras clásicas.

En la última sección, la más extensa y elaborada de las cuatro, se especifican algunas de las estrategias de argumentación empleadas por Apuleyo a lo largo del discurso.

El traductor señala que, más que enfrentar la acusación de magia y emprender su defensa, Apuleyo se empeña, primero, en declararse fiel discípulo de la filosofía y en no negar

la existencia de las artes mágicas, antes bien distinguiendo claramente entre magia noble y magia vulgar; y segundo, en desvirtuar y desviar las acusaciones, subrayar la ignorancia y torpeza de los acusadores, y abrumarlos con su erudición y vasta cultura. Heredia da a entender que para la segunda parte del discurso Apuleyo tenía ya ganada su causa y que si la obra se prolonga más de la cuenta, es porque "Apuleyo... quiere justificarse plenamente ante el juez, cumplir con el auditorio... castigar y escarnecer a sus acusadores, y finalmente limpiar y promover su imagen de filósofo y orador".⁶

En cuanto a la traducción de la *Apología*, hay que decir que Heredia Correa ha conseguido plenamente el objetivo, muy noble, que se propone todo traductor comprometido, y que él se planteó seguramente desde los inicios de su carrera: la creación de un texto, a la vez que fluido, en consonancia con lo expresado por el autor en la lengua de partida. Es decir, un texto que no haga más que evidenciar la técnica artística, extraordinaria en el caso de Apuleyo, de cualquier escritor.

Para ilustrar lo dicho, tomemos un ejemplo. Se trata del magistral y a la vez divertido retrato que Apuleyo realiza de Herenio Rufino, uno de los promotores principales de la acusación. Apuleyo nada más comienza a culpar a Rufino de los ataques que el hijastro de aquél lanzó a su madre, y ya se vuelve este personaje blanco de la mordacidad del escritor:

Empero, este tan reprobable cambio de actitud, y la animosidad que concibió contra su madre no deben ser imputados como falta a él mismo [Pudente], sino a su suegro Herenio Rufino... quien a nadie ha dejado en toda la tierra más vil ni más malvado ni más inmundo que él mismo.⁷

El escarnio que el orador hace de su contrincante es cada vez mayor; al mismo tiempo, Apuleyo desea que no queden dudas sobre la culpabilidad de aquél:

Él es el instigador de ese muchachito, él es el promotor de la acusación, el contratante de los abogados, el comprador de los testigos, el horno de toda esta calumnia... En efecto, él es el urdidor de todos los pleitos, el inventor de todas las mentiras, el arquitecto de todas las simulaciones, el semillero de todas las maldades; y además el nido mismo de todos los desenfrenos y libertinajes, una cloaca, un lupanar...⁸

Líneas después, y siguiendo la preceptiva de la retórica antigua con relación al retrato de caracteres, Apuleyo procede a delinear la personalidad del sujeto en cuestión, remontándose a su pasado:

en su niñez, antes de que fuera estropeado por esa calvicie, complacía a sus corruptores en todos sus abominables caprichos; luego, en su juventud, blandengue de plano y sin nervio, bailaba

pantomimas; pero... con una languidez ruda y grosera... de actor no tenía más que la impudicia.⁹

Las inmoralidades de Rufino se extienden incluso a toda su familia. Apuleyo concluye así el cuadro:

En esta misma edad que ahora tiene —¡que los dioses lo pierdan! Me es preciso pedir una seria excusa a vuestros oídos—, toda su casa es un burdel; toda su familia está corrompida: él mismo es un infame; su mujer, una prostituta; sus hijos, semejantes a ellos. De día y de noche la puerta de su casa es abierta a patadas para las diversiones de los jóvenes; las ventanas se estremecen por todas partes con canciones; el triclinio se alborota con juerguistas; la alcoba es vía libre para los adúlteros, y nadie siente temor de entrar, sino aquél que no pagó el precio al marido.¹⁰

Este y otros pasajes, tan amenos muchas veces como la mofa de que son objeto los contrincantes de Apuleyo, la alabanza continua que de él mismo realiza o los ingeniosos argumentos que presenta, resaltan no sólo por ser producto de la comprensión cabal de una lengua compleja, sino por el rigor y el buen gusto con que son puestos en nuestro idioma. ❶

Notas

¹ Entre ellos destacan el tratado *De Mundo*, el *De Deo Socratis* y el *De Platone et eius dogmate*. De este último existe la traducción que A. Caminero realizó en 1968 para esta misma colección.

² La actual Trípoli.

³ P. xxiii. Las cursivas corresponden a la cita de Vincent Hunink, que el traductor incluye en su texto.

⁴ P. xxxvi.

⁵ *Idem*.

⁶ P. xxxix.

⁷ Cap. 74, p. 92.

⁸ *Ibid.*, p. 93.

⁹ *Idem*.

¹⁰ Cap. 75, p. 93.

